

RAÚL
EDUARDO
IRIGOYEN



DON ROSENDO
¡No me diga!

Raúl Eduardo Irigoyen *

DON ROSENDO

¡NO ME DIGA!

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

*Al recuerdo
de mi primo Roberto Mezzini;
el gran humorista*

ÍNDICE

Advertencia
Introducción
La época de oro
Don Rosendo
¡Exagerado el hombre!
De loros y cotorras
El gran arreo
De perros y pumas
Algo más sobre pumas
El cuchillo
Don Rosendo mayor
Gallinas

ADVERTENCIA

Esta pequeña obra tiene valor únicamente con carácter local y las anécdotas recogidas han sido presentadas en la forma más simple posible, buscando fundamentalmente su perduración en el tiempo. Si alguna persona, ajena al Valle de Salsacate, se interesa por estos sucesos, deberá tener en cuenta lo antedicho.

AGRADECIMIENTO

A las personas que han transmitido las anécdotas que aquí se presentan, el agradecimiento del autor: a Roque Ariza, Felipe Barrera, Alberto Bustos Senesi, Eduardo Díaz, Fabián Flores, Juan Luis Guzmán y a Pablo Sosa

INTRODUCCIÓN

La literatura universal reconoce como una obra clásica el famoso libro “Las Aventuras del Barón de Münchhausen”, de Gottfried A. Bürger, en el cual se relatan las disparatas aventuras de aquel fantástico fabulador.

En el prólogo dado por Théophile Gautier a la edición francesa de 1853, éste dice que “el genio de los pueblos se revela por el chiste” y “Como las obras serias tienen por fin, en todas las naciones, el bello ideal, la belleza misma, que es de suyo una, se parecen necesariamente más y llevan menos impreso el sello de la individualidad etnográfica.”

Refiriéndose a la obra que prologa, adelanta que se trata de “la lógica del absurdo llevada al extremo y sin temor a nada” y afirma: “Detalles de sorprendente verdad, razones de sutil ingenio, afirmaciones científicas expuestas con la mayor seriedad, sirven para hacer probable lo imposible. Las invenciones más extravagantes y

monstruosas toman cierto aire de verosimilitud, expuestas con esa tranquilidad ingenua y esa perfecta calma. La íntima conexión de esas mentiras, que se encadenan tan naturalmente unas con otras, acaba por destruir en el lector el sentimiento de la realidad, y la armonía de lo falso se lleva tan adelante, que produce una ilusión relativa”.

Y en el valle de Salsacate, de la querida provincia de Córdoba, tuvimos un personaje cuyas andanzas y relatos en cierta forma han emulado las de aquel y nuestro propio Barón a quien llamaremos don Rosendo*, con la única diferencia que en éste se trató de un personaje real y no de ficción, siéndole también aplicable el prólogo que antecede. Algunas de sus anécdotas transmitidas por la tradición oral y salvando la distancia literaria con la obra clásica referida, he tratado de recoger en estas páginas.

No puedo dejar de mencionar a quienes participarán en los encuentros con Rosendo: los Comisarios Carlos García y Leandro Ledesma, expertos en chistes y anécdotas. Y Zenón Fernández, el bromista del pueblo, entre cuyas hazañas se cuentan haber aterrado a los vecinos disfrazándose de fantasma y las chanzas a los parroquianos que concurrían a su boliche. El Juez de Paz Israel Arteta de quien aquellos, en sus juveniles años, vaciaban su gallinero y lo invitaban a comer succulentos pucheros de sus propias gallinas. En esa época, décadas de los años cincuenta y sesenta, aún estaban de moda las serenatas y el inolvidable “Nene” Barrionuevo, con su guitarra y elegante prestancia era uno de los pilares de la música lugareña.

Ahora, que los estudiantes egresan casi sin saber casi leer y con una escasa formación, que les impide proseguir sus estudios, la figura del maestro Arnaldo Barros emerge señera, no solamente por sus dotes docentes y responsabilidad de educador, también por su señorío y sencillez propia de esa vocación.

Carlos Plaza, el alegre y Germán Bierbrauer, el poeta, dueños de la única ferretería de Salsacate y del departamento Pocho, centro de las noticias y chismes del pueblo.

Chicharra Guzmán, dueño del restaurant Montoso, amplia y notable construcción en madera y techada con paja, realizada por el hábil artesano José Gordillo. Éste, el gran carpintero, aventurero sin retos pendientes, conocedor experto de todos los bosques, aún los más recónditos, así como en la botánica y zoología regionales.

Juan Mercado, apodado el Krukiano no por su ascendencia eslava, sino por pronunciar mal la palabra tuétano, cuando lo enviaban de niño a la carnicería a comprar osobuco.

Juan Bustos, el almacenero de Tanninga, poeta nato pero no neto, que asombraba a los parroquianos iletrados con su verborragia, a veces encendida por alguna bebida espirituosa.

Lorenzo, el “Tata”, Bazán, el querido cartero que al mismo tiempo que realizaba su carrera en el Correo se convertía en “el electricista” del pueblo.

El frustrado inversor y comunicador periodístico oficioso Wilfrido Carreras, jinetazo en carreras cuadreras, del cual citando al poeta Leopoldo Marechal podemos también decir “un nombre un destino.”

Tanninga, marzo de 2006
R.E.I.

LA ÉPOCA DE ORO

Se dice, creo con acierto, que cuando se llega a cierta edad, toda época pasada se considera mejor. Sin embargo de las seis décadas que este relator lleva conociendo el Valle de Salsacate, las correspondientes a los años cincuenta y sesenta son, a su parecer, las que pueden inscribirse de ese modo. Especialmente por las costumbres pueblerinas y

los personajes que existían, individuos con una gran personalidad y vocación de trabajo, que influían en sus vecinos y tenían sanas aspiraciones, quienes se podían contar por decenas. Luego el país cambió y el valle también, acompañado asimismo, lamentablemente, por la naturaleza. Se recuerda la región sin pastizales, el arroyo salado con sus aguas limpias y las riberas cubiertas de prolijo césped, que mantenían los animales que allí pacían. El campo colmado de retamas florecían en la primavera, junto con verbenas, heliotropos y otras flores cubriendo la tierra. Las sierras y los montes, ya desaparecidos, se encontraban plenos de algarrobos, quebrachos, mistoles, molles y cuántas variedades más, que los incendios y las talas fueron devastando en forma incontrolada. Allí campeaban ufanos los animales salvajes de diversas especies. En ese, nuestro perdido paraíso, se mantenía un verdadero equilibrio ecológico, que no supimos resguardar. Los limpios y cuidados caminos principales de acceso eran de tierra afirmada, lo que permitía una cierta reserva.

Pero volviendo a la Época de Oro, quizás lo más importante era que, en ese entonces, en cada trabajo o profesión, había quienes se destacaban no sólo por la calidad de su especialización y personalidad, por salir de la chatura, sino también por el modo en que se integraban en la comunidad.

DON ROSENDO*

Cerca de Salsacate, pueblo de contradicciones, donde Negro y Moreno cocinan el pan blanco y el más vivo hace de fantasma. Donde Sombra daba luz. Donde los ríos son dulces y salados y los burros tocan con su cola la campana de la iglesia. Allí donde usan las piedras de los cementerios para encauzar las aguas vivas y el tiempo no existe. Y, aunque parezca mentira el viento norte es más frío que el viento sur. En ese reino del revés, en ese territorio poblado de leyendas, vivió hasta no hace mucho don Rosendo.

Por su formato y actividad podía haber pasado por la vida inadvertidamente, como muchos lo hacen. Morocho. Pelo negro. Bajo, ni grueso ni delgado. En fin, igual a otros cientos de miles. Sin embargo, algo notoriamente inusual caracterizaba a este personaje, que lo convertía en notable: sus relatos, curiosa mezcla de tremendas exageraciones con costumbrismos locales, condimentados con picardía y humorismo, fueron lugar común entre los lugareños y lo han trascendido, formando ya parte del folklore local. Cuando murió dijeron: ¡No! ¡Es mentira!

¡EXAGERADO EL HOMBRE!

Corría el verano del año mil novecientos y pico, cuando unos turistas golosos, conocedores de las bondades de la miel salvaje de la sierra, le encargaron a don Rosendo, baqueano del monte, que les consiguiera unos kilos de ese preciado producto. Según contó luego Rosendo, emprendió la marcha con el fresco de la mañana, montado en su mula de trece marchas y calzado con nidos de avispa como espuelas, para hacer más rápido el andar. Ya en el monte y arriba de un cerro, comenzó a mirar el horizonte buscando abejas y alcanzó a divisar una a unos cientos de metros. La siguió sin pausa ni perderla de vista por más de una legua, hasta que encontró el panal. Desmontó y sacando varias bolsas que llevaba en sus alforjas extrajo la miel, pudiendo hacerlo sin inconvenientes ya que, como luego relatara, sus ropas estaban muy ahumadas por el

asado del día anterior y no precisó hacer humo para atontar a las abejas. Como rebosaba de tanta miel ese panal, pudo sacar más de quinientos kilos.

Volvió contento, pero con un dejo de pena al recordar que por esa zona había perdido, hacía como treinta años, un preciado reloj de bolsillo que había sido de su abuelo. Así cavilaba cuando de pronto escuchó un tic-tac, un muy débil y lejano tic-tac, al que no dio importancia al principio, por creerlo producto de su fantasía. Prosiguió su marcha, pero como continuaba el ruido se dio cuenta que no era su imaginación. Prestó más atención y se dirigió hacia el sitio de donde provenía. Dio vuelta a un cerro y luego de media legua escuchó cada vez más fuerte el acompasado sonido. Allí a unos pocos metros y para su alegría encontró junto a un molle su viejo y querido reloj. Desmontó y al ir a tomarlo su asombro fue aún mayor pues no solamente el reloj estaba en perfecto estado sino que, además, funcionaba perfectamente pues una hilera de hormigas le daba cuerda al pasar sobre ella.

DE LOROS Y COTORRAS

Contaba Rosendo que en Salsacate vivía una vieja santurróna que tenía un loro, al que había enseñado a rezar el rosario, pero un día el loro se escapó y no lo volvieron a ver más, para pena de su dueña.

Pasó un tiempo y en uno de los tantos arcos que hacía Rosendo, pasó por un monte cercano a Cañada de Salas. Ya caía la tarde y el silencio era interrumpido por una algarabía de loros. Al acercarse, curioso, escuchó como un loro rezaba el rosario y otros cientos le contestaban. Allí estaba el loro de la santurróna que, como si fuera un misionero, había enseñado a rezar el rosario a sus congéneres.

Pero los loros son algunos, en cambio las cotorras, muchas más. Y estas últimas lo tenían a mal traer a don Rosendo, pues le comían todo lo que sembraba, las frutas y... ¡hasta el charque!

El tenía una pequeña parcela de tierra donde cultivaba maíz, zapallitos y algunas otras verduras; lugar en el que crecían durazneros y otros frutales. En el medio estaba ubicado un hermoso y centenario algarrobo, orgullo de la familia.

Era época de choclos y las cotorras felices con los de Rosendo.

Dispuesto a no darles tregua y buscando asesoramiento fue a la ferretería del pueblo y, una tarde que había pocos clientes, pudo departir largamente con sus dueños, Germán Bierbrauer y Carlos Plaza, quienes les sugirieron diferentes soluciones, como comprar las hondas que ellos vendían, bocinas y otras barbaridades. Pero entre broma y broma, a Rosendo le quedó la idea del chistoso Carlos Plaza de colocar engrudo en un árbol para que quedaran pegadas y así poder capturarlas. Dicho y hecho, al día siguiente provisto de una brocha y varios tarros de pegamento, con la ayuda de una escalera trepó al algarrobo y se ocupó toda la mañana de embadurnar las ramas con la pasta.

Al mediodía ya había finalizado la tarea y tomando su antigua escopeta de dos caños, se escondió entre el maizal y el algarrobo, dispuesto a dar un escarmiento a las aprovechadoras. Pasaron unas horas y a media tarde llegaron las hambrientas catas. Varias bandadas se posaron sobre el maizal, confundándose con las verdes hojas, mientras parloteaban con su habitual bulla.

Rosendo, nervioso, descargó apurado los dos tiros de su escopeta sin acertarle a ninguna. Las cotorras, casi sin darle importancia alzaron vuelo y fueron a posarse, en multitud, sobre el algarrobo. Rosendo, que ya había recargado su arma, hizo nuevos disparos hacia las intrusas que, entonces sí asustadas levantaron vuelo, pero esta vez se llevaron el famoso algarrobo pegado a sus patas y se perdieron con el árbol entre las

nubes. Sin lugar a dudas el consejo de Carlos Plaza no había sido malo, pero mejor fue el pegamento que le vendieron.

En esa difícil guerra contra estas aves contaba don Rosendo que en una oportunidad, gracias a una excelente carabina Remington había tenido éxito, pues con una sola bala mató cien cotorras. Dos horas después de esta hazaña, sintió fuera del rancho un persistente silbido y al salir vio que era la bala que seguía dando vueltas.

EL GRAN ARREO

Famoso también es y ha sido en la historia de Salsacate el bar El Cuico, hoy propiedad de Zenón Fernández, descendiente de su dueño original. En este lugar se daban cita los más conocidos y pintorescos personajes de la época de oro del pueblo. Allí nos encontramos hoy, pero viajando en el tiempo, muchos años atrás, como invisibles espectadores de los sucesos que aquí relatamos.

En el bar se advertía cierta melancólica monotonía, que no alcanzaban a disipar las bromas de Carlos García y de Chicharra Guzmán. Se notaba la ausencia del legendario don Rosendo.

El invierno no cedía y hasta había caído una nevisca esa tarde. Ya la luz del día cedía su lugar a una fría oscuridad de varios grados bajo cero y las estufas a querosén funcionaban al máximo. Para colmo por algún problema en la Cooperativa sin luz eléctrica, las bujías de dos faroles Sol de Noche alumbraban a los parroquianos.

El “Nene” Barrionuevo, elegante como siempre, recién acababa de florear con su guitarra cuando la puerta del boliche se abrió de par en par e hizo su entrada triunfal don Rosendo. Equipado para enfrentar los fríos más terribles, un gran pasamontañas cubría su cabeza, guantes y poncho de lana; unas botas de cuero completaban su atuendo y lo resguardaban de las inclemencias.

Un saludo alborozado lo recibió, al que respondió levantando el brazo.

Más parsimonioso que de costumbre se sentó y aceptó la ginebra doble que Zenón le sirvió y sabiendo que era el centro del interés, no demostró apuro en dar explicaciones.

El Nene Barrionuevo dejó su guitarra y quiso saber el motivo de su ausencia durante más de un mes.

-Tuve que llevar un arreo - dijo cortamente-

-Un gran arreo – aclaró.

-Cuenta don Rosendo – pidió Leandro Ledesma, quien codeó a Arteta y al Tata Bazán, anticipando el relato.

-Sí, fue un gran arreo – reiteró – con un tiempo loco de mucho frío y unos días de calorcito al principio.

-Tuve que llevar cien vacunos a San Juan y solamente me ayudó el Krukano – prosiguió, ya conciente del efecto que el comienzo de su relato había causado en los presentes.

-Los animales iban cansados y a algunos se les reventaron las manos de tanto caminar. Pero lo peor fue cuando llegó del poniente una de esas tormentas eléctricas que a uno lo vuelven religioso. Tronaba que daba gusto y el cielo parecía, entre ruidos y luces, un cueterío de fin de año. Tuve que hacer girar la hacienda para cuidarla y al rodearla en un refusilo conté noventa y nueve animales, notando que me faltaba un torito.-

-¡Qué rápido para contar! – dijo Carlos García.

-Sí, es cierto, pero es la experiencia en arreos–contestó inmutable Rosendo.

-Prosiga–le pidió Zenón, que para ese entonces ya había servido otra vuelta.

-Pasó la tormenta y comenzó a levantarse un viento sur que mataba. Había vuelto el invierno luego del veranito. Seguimos andando y comencé a preocuparme porque veía

que se me iba sumando hacienda a medida que pasábamos por los campos. Y ya el arreo estaba casi triplicado. Tuve miedo que me acusaran de cuatrero y llegando al tendido del telégrafo, me subí a uno de los postes y con mi cuchillo de un solo tajo corté los hilos.

¡Vieran ustedes, ahí nomás cayó el chorro de letras, desparramándose por el campo!- agregó.

-¡Bárbaro! – gritaron varios.

-Y eso no es nada, más adelante, una de esas noches que nos detuvimos para descansar, buscamos leña para comer un asado. Hicimos fuego, ensartamos un pedazo de carne y esperamos que se cocinara. Estábamos distraídos cuando el Kruklano me gritó: ¡Don Rosendo, el asado está vivo, se mueve! Sí, era cierto, pero lo que se movía no era la carne sino el palo donde estaba: ¡la habíamos ensartado en una víbora congelada, que el calor despertó!-

DE PERROS Y PUMAS

Los perros, nuestros perros, son amigos y más que amigos pues forman parte de la familia. Pero los de don Rosendo, ¡cuándo no!, eran muy especiales, demasiado especiales.

Era una tarde endiablada y el invierno continuaba dilatando la llegada de la primavera. El viento norte, más frío que el sur, se colaba por las puertas y ventanas del bar de Zenón. No había más remedio que combatirlo con vueltas y vueltas de ginebra, esa noble ginebra que aunque parezca criolla es de origen holandés. Ya no queda casi nada autóctono y en bebidas para qué hablar, si hasta el vino y la cerveza no son de estos lares. Para encontrar Chicha y Aloja, del maíz y la algarroba, hay que subir muy al norte, donde aún se conservan las tradiciones en esta materia de bebidas espirituosas.

Pero en fin, dentro de todo, la ginebra es más criolla que el whisky de nuestros parientes piratas. Eso sí, aquí se toma la ginebra seca y no la aromática.

Pero no quiero apartarme del tema y volvamos en el tiempo al bar de nuestro querido Zenón, que también con su alegría y espíritu bromista es un capítulo aparte de la historia de oro de Salsacate.

Ese día, alzando la barrera de la cálida amistad contra el pertinaz viento helado, se había formado una rueda de parroquianos que excedía a los habituales concurrentes. Muy animada estaba la reunión y luego que Wilfrido Carreras diera el informativo del día, se hizo un silencio.

Don Rosendo lo quebró diciendo:

-Fíjense, que un día...- Dejó que el auditorio se interesara y luego de unos segundos de suspenso, con una mirada perdida en la lejanía continuó:

-Yo tenía dos perros muy veloces, pero tan veloces que su rapidez los perdió.-

-¿Y cómo fue eso? - preguntaron dos al unísono.

-Resulta que el Overo estaba por alcanzar una liebre que dio un barquinazo y venía tan rápido que no pudo parar, ¡se enterró y asfixió! – Rosendo hizo una pausa, dolido por el recuerdo.

-¿Y el otro? – quisieron saber sus amigos, ya intrigados.

-Pues bien – agregó con el rostro inmutable – El moro, a quien yo también quería mucho, dio una vuelta tan rápido que se ahorcó con su cola.-

-¡Increíble!- gritó Zenón desde el mostrador mientras preparaba unos cafés.

-¿Y tuvo otros perros, don Rosendo? – preguntó, dándole pie para que prosiguiera.

-Sí, tuve otros y muy buenos. No he tenido perros malos.-

-Cuenta – le pidieron.

-Ya que insisten...-

Paladeó la bebida y nuevamente, con ojos de ensoñación, mirando a la distancia en el espacio y en el tiempo, relató despaciosamente:

-Tenía una parejita de perros cabreros, macho y hembra, que era un primor. Blanquitos, criados con la cabras, serviciales y muy obstinados. ¡Pucha que eran tercos! – hizo unos segundos de silencio, mientras se sumaba al grupo el perro de Zenón, como interesado en el cuento.

-Salían todos los días con la majada al monte, junto con un perrito negro, muy trabajador “El Capitán” y siempre regresaban a la oración trayendo de regreso a las cabras. Pero un día la majada volvió sola, sin los perros; al otro día salí a buscarlos pero no los encontré y así los días siguientes. Me llamó la atención, pero al final me resigné y me olvidé del asunto – finalizó.

-¿Y de “ahí”? - Quisieron saber, ya intrigados por el misterio.

-Fíjense que una mañana, cinco o seis meses después, iba a visitar a unos parientes a San Carlos Minas, por una senda del monte para cortar camino, cuando atravesando un valle, a unas cinco leguas de las casas, vi, a lo lejos y sobre un tala, el esqueleto de un puma. Me acerqué y vean qué: al pié de ese árbol estaban secos los tres cuzquitos. ¡Ninguno había aflojado y estaban momificados!-

Rosendo ya embalado, prosiguió:

-Pero guapo, tan guapo como El Malevo, no tendré otro. Fíjense que un día allá por Chancaní, estábamos reuniendo hacienda y de pronto este perro empezó a perseguir a una mulita, la siguió hasta su cueva y no volvió. Mucho después, varias leguas más adelante, cerca de Chepes, acampamos, preparamos un mate cocido y para descansar nos pusimos a pitar y a conversar, cuando de pronto en la falda de un cerro escuchamos un ruido, como de temblor. Y vean ustedes ¡apareció la mulita, con el perro atrás persiguiéndola!-

Un silencio embarazoso se hizo luego del relato, mientras los presentes se miraban de reojo.

Ya estaba entrada la noche y los concurrentes empezaron a retirarse. Rosendo se paró, haciendo ademán de pagar, pero Zenón lo cortó.

-Deje don Rosendo. Ya está pago. Hoy invito yo.-

Rosendo sintiéndose obligado anunció mientras se acomodaba el poncho:

-Está bueno, pero mañana invitaré yo y les contaré algo más sobre pumas.-

ALGO MÁS SOBRE PUMAS

El frío no cesaba. Había nevado en las altas cumbres y Salsacate presentaba las calles vacías. El bar de Zenón estaba más concurrido que de costumbre y la rueda de clientes aumentaba por el tiempo y la promesa de Rosendo de contar otras anécdotas. Éste llegó justamente cuando Wilfrido terminaba de hacer conocer las nuevas noticias políticas y dar su opinión sobre ellas.

La reunión estaba muy animada y Rosendo fue recibido con muestras de afecto. Aligerándose del poncho, se acomodó en una silla y luego de tomar un vino y saborear un pedazo de mortadela con pan, se dirigió a la concurrencia:

-Ayer les prometí algo más sobre pumas y cumpliré.-

Miró a la atenta rueda de amigos y luego de tomar otro sorbo dijo:

-Una vez que estaba en el campo, desarmado, vi que mis cabras se movían inquietas, como si anduviera merodeando algún animal. Me acerqué y a pocos metros me encontré con un tremendo puma cerca de la más gorda. Como no tenía armas y no se iba

asustado, pensé que debía enfrentarlo a mano, si quería defender a mis cabras. Me bajé de la mula y lo encaré. El puma no se hizo esperar y me quiso morder. Yo, más rápido que él le metí la mano en la boca hasta el fondo de mi brazo y pasando por la panza, llegué hasta la cola y tirando de ella lo di vuelta.-

-¿Y después que hizo don Rosendo? - quiso saber José Gordillo.

-Lo de todos - contestó – me lo comí asado.

-Pero – agregó – otra vez me la vi más fiera y me salvó mi cuchillo. Resulta que me topé de improviso en una cañada con dos pumas, una de las cuales tenía cría y se me acercaban amenazadores cortándome el paso. No tenía para donde ir y en mi revolver contaba con una sola bala. Sin dudarlo apunté bien y puse mi cuchillo en la boca del cañón, disparando. La bala se dividió en dos y cada parte le pegó a un puma en la cabeza y ambos cayeron muertos en forma instantánea.-

EL CUCHILLO

Las armas blancas forman parte de la historia y algunas han sido muy famosas: cuchillos, dagas, navajas, sables, cimitarras, espadas, lanzas, y cuántas otras. Muchas han sido legendarias y su propiedad confería poderes especiales ya fuera al matar dragones, salvar doncellas o ganar batallas.

Caballeros, samuráis o simples soldados se han valido de ellas a través de los siglos y aún ahora las utilizamos, más prosaicamente, para menesteres domésticos.

Y si alguna vez se realizara un inventario de las más famosas armas blancas, el cuchillo de Rosendo no debería faltar en él. Entre facón y cortaplumas, no tenía al parecer nada que sobresaliera. Sin embargo, aún humilde, le prestó grandes servicios.

Contaba que en una oportunidad al pasar un río, debido a una gran creciente, se la encontró fiera. Estaba en medio del cauce, vadeándolo contra una fuerte correntada, cuando vio que un gran árbol avanzaba hacia él a gran velocidad. Sin dudarlo extrajo su cuchillo del cinto y lo cortó de un solo tajo.

Pero también algunas veces le jugaba malas pasadas, como en aquella oportunidad en que se encontraba comiendo un asado en casa de unos vecinos y al ir a cortar un pedazo de carne atravesó la mesa de madera y mató a un perro que se encontraba debajo.

DON ROSENDO MAYOR

Con los años, según se dice, llegan las mañas pero también algunas comodidades. Así que Rosendo fue un día a la ferretería de Salsacate y luego de muchos cabildeos con sus dueños, siguió el consejo de Germán y salió dueño de una flamante heladera a kerosene; la mejor que se podía conseguir por esas latitudes.

Fíjese, le contaba luego al maestro Barros, que para probarla la había puesto en el jardín, la dejó toda la noche y olvidó cerrar su puerta. Al día siguiente se encontró, en pleno verano, con todo el jardín congelado como si hubiera caído la peor helada. ¡Buena había sido la heladera, lástima haber perdido la cosecha de duraznos!

Pero cuando se refería a ñañas y dolencias, recordaba el caso de su sobrino, que por ser telegrafista en el Correo, se había quedado manco de tanto comunicarse.

Y para el caso, quejándose que su vista no era ya la misma, contaba que una tarde fue a encerrar las ovejas y su esposa lo había recriminado: -¡Rosendo! ¿Qué has hecho? ¡En vez de las ovejas has encerrado una tropilla de zorros!-

Sin embargo, aún ya muy maduro, era tan ordenado que una vez se tragó una moneda de un peso y relataba que al día siguiente, al ir al baño, recuperó dos monedas de cincuenta centavos.

GALLINAS

La experiencia suple a la juventud y en esto don Rosendo en la vejez, según decía, era muy habilidoso.

Tenía el gallinero perfectamente organizado y un solo gallo, el mejor y más aguerrido como ayudante, a quien daba un tratamiento especial para dirigir a cincuenta gallinas.

-Vea usted, le decía una tarde a Juan Bustos acodado al mostrador en su almacén de Taninga, que una gran creciente me llevó el árbol donde estaban todas las gallinas con ellas arriba. Tiempo después se encontró el árbol en San Carlos Minas, cinco leguas más abajo, pero de las aves ni rastro.-

-Imagínese mi decepción y pérdida- le decía a don Juan, en tanto éste con sus ojos serenos miraba al más allá imaginándose la escena, mientras preparaba una composición poética al respecto.

Pero Rosendo lo sacó de su ensoñación, cuando le dijo- pero esto no finalizó allí: ¡Dos meses después estaba sentado a la puerta de mi casa, cuando vi venir por el camino al gallo y detrás de él a las cincuenta gallinas avanzando en formación militar!-

* Por interés de algunos de sus familiares, no se proporciona el verdadero nombre y apellido del personaje.

* * CONTRATAPA

Raúl Eduardo Irigoyen efectuó un trabajo de investigación de campo y recogió de diversas fuentes en el Valle de Salsacate las historias contadas por el ya desaparecido y famoso personaje, dándoles vida con el objeto de que perduren en el tiempo.

Con prudencia y sencillez advierte que esta obra tiene únicamente interés local. Sin embargo, casi con certeza, es posible anticipar que el humorismo inserto en las anécdotas transmitidas en este libro trascenderán su lugar de origen.

El autor, que ha escrito con anterioridad libros de cuentos y de poesías, además de su desempeño en la Justicia Nacional como Juez de Instrucción, es pintor y ha incursionado en el periodismo, desplegando una amplia labor en el servicio social y voluntario, en las áreas cultural y cívica.

Entre las diversas entidades de bien público que ha creado y preside, se destacan

Bibliotecas Rurales Argentinas

(<http://www.bibliotecasrurales.org.ar>)

Biblioteca Virtual Universal

(<http://www.biblioteca.org.ar>)

Acción Cívica

(<http://www.accioncivica.org.ar>)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**. <http://www.biblioteca.org.ar>

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario/)**.<http://www.biblioteca.org.ar/comentario/>